

El más liberal de los liberales, el promotor de mayor inteligencia en el grupo de políticos liberales, opositor al grupo de los conservadores del siglo XIX, participó, entre otras muchas propuestas políticas, en la elaboración de la Constitución de 1857, base de la Carta Magna que nos rige desde 1917

Texto homenaje a Ignacio Ramírez, El Nigromante, por su importancia dentro de la educación en México

Memorias laicas prohibidas

*L.A.E. Miguel J. Noé Murillo

Juan Ignacio Paulino Ramírez Calzada, nombre completo de este destacado intelectual, manifestaba su sentir político cuando declaraba: "Primero el pueblo de México libre y soberano y luego que venga la Constitución progresista que lo sirva".

El Nigromante es conocido fundamentalmente por su frase: "No hay Dios. Los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos", que el pintor Diego Rivera refirió en su mural "Tarde de un domingo en la Alameda", pintado originalmente en el desaparecido Hotel del Prado, ubicado en la Avenida Juárez, y que hoy se puede apreciar en el Museo Diego Rivera a un costado de la Alameda Central en la Ciudad de México. El maestro Rivera escribió en un documento que sostenía El Nigromante en la mano: "Dios no existe".

Ante las manifestaciones de católicos inconformes, Rivera se rehusaba a eliminar la frase. El fresco fue agredido por grupos y hubo marchas de estudiantes indignados por lo que consideraron una ofensiva frase a su calidad cristiana, por lo que el mural estuvo oculto por nueve años, hasta que el muralista aceptó eliminar ese texto y cambiarlo por uno muy simple: "Academia de Letrán 1836", frase que no tuvo oposición alguna, pero que obliga a la investigación de qué quiso decir el maestro.

Afirmaba Diego Rivera: "Para decir que Dios no existe, no tengo que esconderme detrás de don Ignacio Ramírez. Soy un ateo y considero la religión una forma de neurosis colectiva...".

Para darse una idea de quién era Ignacio Ramírez, baste decir que nació en 1818 y para 1836, a los 18 años de edad, ya presentaba su discurso de ingreso a la Academia de Letrán, centro de reunión de las mayores inteligencias de la época, en donde expresó esta céle-

bre frase que creó una gran reacción de los grupos conservadores radicales que lo llamaron “jacobino”, “impío”, “hereje” y “blasfemo” como mínimo reclamo.

Sabio y hombre de inteligencia, muy superior a muchos de sus contemporáneos, dominaba el latín, el sánscrito, el francés, el náhuatl y por supuesto el español. Podía hablar con todo conocimiento de filosofía, literatura, astronomía, economía, historia, teología y otras disciplinas.

SU APORTACIÓN A LA EDUCACIÓN

En 1847 redactó la Ley de Educación del Estado de México, antecedente inmediata a la Constitución de 1857, en la que plasmó la importancia en México de la educación laica y gratuita. La Ley que redactó tenía como propósito ayudar a los niños indígenas de escasos recursos para que el gobierno asumiera sus gastos de manutención y estudios en la ciudad de Toluca. Era requisito ser niño, indígena y de escasos recursos para tener accesos al Instituto Científico y Literario de dicha ciudad, esfuerzo que fructificó, cuando menos, en un destacadísimo hombre de letras: don Ignacio Manuel Altamirano, autor de *Clemencia* y *El Zarco*, textos clásicos de la literatura mexicana del siglo XIX.

En el artículo 3º de la Constitución de 1857 dejó plasmado su pensamiento liberal, al expresar que la educación en México sería en el idioma español; obligatoria, laica y gratuita para todo mexicano por nacimiento o residente en el país. Que debería ser regulada por el estado, fomentando el amor y lealtad a la patria; basada en la justicia social, libre de toda instrucción religiosa; esto, seguramente basándose en los abusos que por siglos cometió la iglesia en la Nueva España y luego en el México independiente que le tocó vivir.

El Nigromante, pseudónimo que utilizaba en muchos de sus escritos, no sólo escribió sobre aspectos de la educación en México, sino también habló de la defensa de los maestros para los que solicitó un salario decoroso y suficiente. Desde esa época, El Nigromante era plenamente consciente de la lucha del magisterio por lograr mejores ingresos económicos que, siendo uno de los sectores más importantes para el desarrollo de un país como México, se menospreciaba siempre.

Ignacio Ramírez propuso que el propio Presidente de la República no pudiese reducir el presupuesto destinado a la educación pública, aun en tiempos de guerra. A tal grado llegó su convicción solidaria que propuso en caso de necesidad, que el mismo Presidente y otros empleados federales no percibieran sueldo, pero no se dejaran de sostener los gastos de la educación nacional. El Nigromante era un hombre que apreciaba profundamente el valor de la educación.

Siendo Presidente de la República don Benito Juárez, lo nombró Secretario de Justicia e Instrucción Pública, cargo que desempeñó por pocos pero fructíferos meses. Durante su gestión creó la Biblioteca Nacional y unificó la educación primaria en el Distrito Federal y territorios federales. Reformó el Plan General de Estudios, dotó con equipo los gabinetes del Colegio de Minería y seleccionó un excelente cuadro de profesores de la Academia de San Carlos. Creó la idea del libro de texto gratuito.

El Nigromante afirmaba:

“El crimen más grande que se puede cometer contra cualquier ciudadano es negarle la educación que lo emancipe de la miseria y la excomuniación”.

Don Ignacio sabía bien del dominio pleno que la iglesia católica tenía sobre



El Nigromante



Benito Juárez



Mural "Tarde de un domingo en la Alameda" de Diego Rivera

la mayoría de la inmensa población mexicana durante el siglo XIX y el miedo de ésta a recibir el rechazo social y eterno promovido por los sacerdotes. Por ello de la emancipación de la excomunión.

La honradez de Ignacio Ramírez fue acrisolada, pues cuando fue ministro del gobierno juarista pasaron por sus manos millones de pesos y nadie dijo en su tiempo o puede decir más de cien años después, que se hubiera apropiado del más mínimo de los tesoros nacionales que manejó. No tomó jamás para su beneficio personal un solo libro de los millares de volúmenes sacados de las bibliotecas de los conventos, ni una pieza de los centenares de cuadros extraídos de los claustros. No insinuó ni aceptó la menor recompensa por sus persecuciones y miserias que pasó por largos años, ni se adjudicó la más pequeña propiedad para pasar holgadamente el resto de sus días.

Práctica ética y moral que antes, como hoy en día, era muy poco socorrida.

A pesar de las injusticias que vivió y de la cárcel que padeció por sus convicciones republicanas de honestidad y buen gobierno, nunca pensó en "la revancha económica" que la vida le proporcionaba al ocupar diversos puestos públicos de relevancia. Valor de hombre de principios inalterables.

El Nigromante fue el impulsor de ideas que, a través de Gabino Barreda, darían como resultado la creación de la Escuela Nacional Preparatoria en 1868 y de la Educación Nacional Obligatoria y Gratuita, plasmadas en el gobierno juarista y en la Constitución de 1857. Ignacio Ramírez inculcó las doctrinas de orden social, la igualdad estricta entre el hombre y la mujer, la educación laica y gratuita y la lealtad a la ley. Fue promotor de los derechos laborales de los



trabajadores y promotor del reparto de utilidades, aspecto que se logró hasta 1962 durante el régimen de Adolfo López Mateos. Íntegro en sus convicciones republicanas y democráticas, no dejó de criticar al presidente Juárez cuando, debiendo abandonar la presidencia, se reeligió hasta dejar la silla hasta su muerte en 1872. De ello el texto del famoso dancón: "... si Juárez no hubiese muerto... seguiría siendo presidente". El Nigromante no perdonó ni a Juárez por seguir en el poder, no siendo ni por asomo aspirante a ocupar la silla presidencial. Eran simples, pero fuertes sus convicciones democráticas y liberales.

El Nigromante afirmaba convencido de que "un hombre que ya probó el poder, le resulta difícil llevar luego costumbres sencillas y decoro-

sas... el poder es una enfermedad catastrófica que se nutre del aplauso y la lisonja".

Hombre íntegro de principios liberales y laicos, de verticalidad inmaculada, de intachable conducta pública y privada, falleció a los 61 años de edad en 1879, después de sobrevivir por cinco largos y penosos años la muerte de su esposa. Nunca se repuso de tal dolor.

Vaya pues este reconocimiento al hombre quizá más inteligente, más culto y uno de los grandes defensores de la educación en México, Ignacio Ramírez: liberal entre los liberales de México del siglo XIX. ●

*Facultad de Contaduría y Administración UNAM. Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.



Acercamiento
"Tarde de un domingo en la Alameda"